

Otras formas de leer y escribir

Más allá de la ciudad letrada: letramientos indígenas en los Andes

JOANNE RAPPAPORT Y

TOM CUMMINS

Universidad del Rosario / Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2016, 368 pp., il.

ENTENDER EL concepto de “letramiento” solo en los términos definidos por Ángel Rama en *La ciudad letrada* es, tras los recientes aportes de Joanne Rappaport y Tom Cummins sobre la expresión alfabética y las representaciones pictóricas surgidas después de la llegada de los españoles a los Andes septentrionales, perderse de mucho. El vasto universo de documentos escritos, pinturas y rituales que aparecieron durante el período colonial en la América española encuentra en *Más allá de la ciudad letrada: letramientos indígenas en los Andes* una constelación de interpretaciones que, justamente, expanden la ya legendaria noción de la “ciudad letrada” como un sistema social en el que la palabra escrita goza de primacía.

Las tesis de Rappaport y Cummins no pretenden anular las de Rama. Por el contrario, parten de ellas para narrar, en buena hora, la forma en que las comunidades indígenas menos alfabetizadas de los Andes coloniales subvirtieron las convenciones clásicas del letramiento español (lectura y escritura), y trascendieron a formatos un tanto más exclusivos de representación de la realidad como dibujos, imágenes alegóricas, mapas de provincias, retratos de indios, escudos de armas, documentos notariales, murales, óleos, emblemas e incluso actos performativos en los que el cuerpo era protagonista. Los autores esgrimen, así, nuevas perspectivas sobre el uso de tecnologías distintas al alfabeto —entendidas también como convenciones rituales, la mayoría de las veces pictóricas— por parte de miembros de la nobleza indígena andina y mexicana e individuos de la élite europea colonial.

Cierto es que el choque entre las diversas tecnologías y sistemas ideológicos españoles e indígenas produjo, bajo lógicas sociales de dominación

europaea, una cultura de comunicación particularmente distinta a la de otros períodos de la historia americana. De hecho, las formas europeas de representación llegaron a convertirse en “mucho más que un simple telón de fondo” para las acciones de los indios; fueron, a fin de cuentas, componentes integrales de su visión del mundo en lo que Carolyn Dean define como un “proceso complejo de ‘relexificación’ en el cual la sintaxis andina fue usada para enmarcar las expresiones europeas” (p. 36). Pero, si la pluralidad de códigos culturales empleados por los sujetos coloniales fue enorme, “¿cómo podemos entender las complejidades de este espacio intercultural sin perder de vista la diversidad de formas en que fue experimentado?” (p. 57). Este interrogante resume el horizonte de expectativas que Rappaport y Cummins logran resolver con suma contundencia.

Más allá de la ciudad letrada está dividido en seis capítulos. El primero, titulado “Imaginar la cultura colonial”, anuncia la necesidad de comprender los discursos coloniales en una lógica distinta al clásico modelo de división administrativa que separa el mundo andino en dos repúblicas: la de españoles y la de indios. El esquema analítico propuesto por los autores —a propósito obviado en los textos de carácter científico anteriores a 2000— estimula la enunciación de nuevas interpretaciones sobre aquella realidad andina radicalmente multicultural, híbrida si se quiere, construida sobre una red de intrincadas conexiones e interfaces en la que administradores coloniales y agentes indígenas se encuentran. El complejo sistema colonial administrativo y religioso es ahora, como terreno intermedio, el nuevo escenario del debate.

El segundo capítulo, titulado “Género(s) ‘Que no es uno ni otro, ni está claro’”, gira alrededor del texto del emblema 64 del lexicógrafo Sebastián de Covarrubias (1610), que dice: “Soy hic, & hac, & hoc. Yo me declaro / Soy Varon, soy mujer, soy un tercero / Que no es uno ni otro, ni está claro [...]” (p. 140). ¿A qué viene una expresión tan pintoresca? Rappaport y Cummins la utilizan para explicar, con gran acierto, cómo el concepto de *género*, entendido como principio ordenador de las cosas, categoría literaria o artística, y usado para efectuar, digamos,

distinciones binarias como hombre/mujer o español/indio, queda plenamente desdibujado en todas las escalas de la sociedad colonial en los Andes septentrionales gracias a expresiones como las de Covarrubias (“soy un tercero”) que introducen un “tercer estado del ser”. Ese tercer estado, aplicable a cualquier persona u objeto, define a la perfección al mestizo, al mulato, al indio ladino (sujetos “inexistentes” antes del “descubrimiento” de América), así como las representaciones pictóricas, textuales, artesanales y arquitectónicas inclasificables dentro de las lógicas de categorización europea, y según las cuales toda persona o hecho cultural deben contener rasgos que los identifiquen como parte de un grupo (género) reconocible.

Los siguientes dos capítulos (“La ciudad letrada” y “Géneros en acción”) profundizan, en principio, en distintas prácticas de letramiento y formación de la sociedad colonial, como el trazado de mapas anterior a la fundación de ciudades, la lectura ritualizada de documentos escritos y la redacción de textos notariales —testamentos, contratos y títulos—. Tales acontecimientos, entendidos como formas de la “voz nativa” durante los siglos XVI al XVIII, fueron instrumentalizados por notarios, juristas seculares y pedagogos religiosos para lograr la preeminencia de las letras, la lengua española y la comunicación alfabética, y de ese modo perpetuar el poder del imperio y avanzar en el proyecto evangelizador de la Iglesia. A renglón seguido, los autores describen otras formas de letramiento —pintura, escritura, arquitectura, música— y su papel en los procesos de legitimación de los indios dentro de sus propias comunidades. Cobran aquí importancia aspectos relativamente ignorados en los estudios coloniales: la visión propia de los indios como “constructores de la historia”, el ensamble de series intertextuales de escritos legales idénticos de diferentes fechas y lugares, así como la disputa sobre la sucesión de cacicazgos con evidencias orales y escritas.

Con todo, no cabe duda de que los últimos dos capítulos contienen las tesis más oportunas del libro, aquellas que, para ser justos, lo alejan del molde arquetípico de los ensayos dedicados a entender los eventos sociales, cultu-

rales, religiosos y políticos del período colonial. Resulta asombrosa, sobre todo, la manera en que el quinto capítulo (“El *quillca* del Rey y la ritualidad del letramiento”) expande la noción de letramiento, emparentándolo con sistemas como la manipulación ritual de objetos y la experiencia del espacio. Rappaport y Cummins abordan mecanismos distintos a la escritura y la lectura que dieron sentido a la sociedad “paraletada”, es decir, aquella compuesta por personas que no sabían leer ni escribir, pero que entraron en el letramiento desde sus márgenes: “[...] escuchando sermones sobre la práctica ritual cristiana, siendo ilustrados a través de pinturas, o participando de una miríada de rituales administrativos” (p. 240). Para la muestra un botón: los autores se concentran en los significados de ceremonias como el juramento de obediencia a la cédula real, el mismo que confirmaba la autoridad divina y secular de dicho documento, así como en el peso simbólico de la firma del rey, los besos rituales a objetos de valor autoritario y la representatividad de sellos e imágenes.

Por lo anterior, insistimos en el valioso aporte de Rappaport y Cummins en la comprensión del letramiento como un procedimiento que implica mucho más que lo sugerido por Ángel Rama; en *Más allá de la ciudad letrada*, el letramiento es también un acto íntimamente corporal y performativo. Hacer una venia reverencial, pintar una estampa bíblica, besar un sello real, levantar un documento por encima de la cabeza y persignarse para emprender actos cotidianos son convenciones coloniales generalmente ignoradas que, a medida que el lector avanza, se revelan ante sus ojos como hechos novedosos desligados de las nociones reduccionistas de lectura y escritura. Diríamos, entonces, que este libro es un salto necesario, un segundo paso después de *La ciudad letrada* que permite avanzar hacia el conocimiento de otras formas de representación como la organización de los recintos sagrados, el intercambio ceremonial de tejidos y la distribución del urbanismo de las ciudades nacientes.

En suma, el hilo argumental del libro es coherente, el nivel de desarrollo de los conceptos es profundo, el esquema de capitulación es lógico

y los ejemplos traídos a colación para ilustrar los juicios de los autores son originales. Bien lo indicaron Rappaport y Cummins en “Reorientar el cuerpo colonial: el espacio y la imposición del letramiento”, el sexto y último capítulo: “[...] debemos prestar atención a la experiencia corporal de una cultura colonial que estaba inscrita tanto en el papel como en el lienzo, así como sobre la tierra, sus edificios y los cuerpos de sus habitantes” (p. 277). Los colonialistas sabrán apreciar, con seguridad, esta novedad editorial que supera generosamente el clásico modelo de comprensión del letramiento indígena en los Andes septentrionales.

Daniel Santa Isaza